duras; de allí pasa al Obispado titular de Laranda y luego el Santo Padre lo eleva a la alta dignidad de Arzobispo de Soterópolis y lo designa para Prelado ad-honórem de la Basílica de Los Angeles. Tal la brillante carrera de este sacerdote ejemplar, que allí por donde pasó dejó huellas luminosas de virtud e imborrables recuerdos.

Hoy serán inhumados los restos mortales de Monseñor Volio en sagrado, en la Basílica Menor de Nuestra Señora de Los Angeles en Cartago, de la que fué primer Prelado (*). Su alma voló a los cielos. Su recuerdo queda en su patria; no solamente como un ejemplar sacerdote y meritísimo Prelado, sino también como destacado ciudadano, habiendo servido en distintos períodos la representación popular de la provincia de Cartago como Diputado al Congreso Constitucional, como periodista, como orador que honrara la cátedra sagrada y la curul legislativa. Y como hombre lleno de virtudes y de bondades, a cuya generosa iniciativa se debe la fundación del Asilo de la Vejez, en Cartago. No caben, dentro del marco estrecho de una nota editorial, los detalles de la existencia tan fecunda en bienes y obras del ilustre desaparecido.

La voz oficial de "La Gaceta" ha querido unirse al duelo de la Iglesia Costarricense y de la Nación, expresando cuán profundamente lamenta la muerte de Monseñor Volio y Jiménez, a cuya familia envía el testimonio de su sincera condolencia.

Sábado 20 de enero de 1945.

ORACION fúnebre que pronunció el Señor Deán del Cabildo Metropolitano, Monseñor Don Alfredo Hidalgo, en el púlpito de la Basílica de los Angeles de Cartago, ante el féretro del Excmo. Señor Arzobispo de Soterópolis, Mons. Dr. Don Claudio María Volio y Jiménez, el día 20 de enero de 1945 en el sepelio del cadáver.

Señores:

La Iglesia Católica de Costa Rica está de duelo. Con la sonrisa del justo que deja en pos de sí estela luminosa de bienes, acaba de entregar su alma al Creador uno de sus más nobles Prelados: el Doctor don Claudio María Volio y Jiménez. Ayer en las horas de la mañana, los sagrados bronces de la Catedral Metropolitana esparcían la noticia por los ámbitos de la capital. Su alma tranquila y bella había escogido la placidez de las playas para ofrendar su alma. Una plegaria saturada de honda pena se levantó de nuestros

---

* N. del D. Monseñor Volio fué enterrado por propia disposición en la capilla en construcción del Asilo de la Vejez de Cartago.

corazones pidiendo a Dios por el descanso eterno de tan ilustre personalidad. En ese féretro mortuorio, entre esas teas, emerge su gallarda figura episcopal.

El Excmo. Señor Arzobispo, sintiendo en su alma el fallecimiento de su hermano en el Episcopado, decretó que estas honras fúnebres serían oficiales y en su nombre y en el del Episcopado, del Cabildo y del Clero, vengo a decir unas palabras ante los restos sagrados del gran Obispo que acaba de cerrar sus ojos a la luz de este mundo.

Asistentes escuchando la oración fúnebre.

Este duelo hiere el corazón de la patria, y por eso vemos aquí al Excmo. Señor Presidente de los costarricenses, Licenciado don Teodoro Picado, presidiendo este homenaje póstumo.

Era el 28 de octubre del año 1874. Un niño sonreía en la cuna aristocrática de la familia Volio Jiménez en Cartago. Creció aquel niño, y sus padres alimentaban en él grandes esperanzas. Su temprana edad, es un presagio de lo que será en la edad madura. En la escuela primaria y más tarde en el Colegio de San Luis Gonzaga, alumnos y profesores veían destacarse poco a poco la figura luminosa del estudiante que habría de irradiar luz esplendorosa de su privilegiado cerebro.

Fué el sabio Obispo Thiel, de grata memoria en los costarricenses, el que prendado de las dotes de aquel joven en quien brillaban al unísono el talento claro y la bondad del corazón, influyó en el ánimo de sus padres, para que fuera enviado a la Ciudad Eterna en busca de las ciencias eclesiásticas para las que mostraba disposiciones nada comunes.

En el mes de mayo de 1889, en compañía de los jovencitos Rafael Otón Castro, Luis Paulino, Carlos María y Rafael Jiménez Ortiz y del Minorista don Manuel Umaña, hizo viaje a Europa, y en Roma, en el Colegio Pío Latino Americano, quiso realizar sus estudios superiores universitarios.

En aquella urbe de los monumentos antiguos, de la fe y de la piedad, que emanan de los sepulcros de los santos mártires, se despertó y afianzó en él la vocación al estado sacerdotal, vocación que él cultivó después durante toda su vida, que fué un crisol de virtudes sacerdotales.

Quebrantos de salud lo obligan bien pronto a abandonar muy a pesar suyo, la Ciudad de las Siete Colinas. Lo esperaba la famosa Universidad de Lovaina, donde habrá de cosechar frescos e inmarcesibles lauros. Bajo la dirección del futuro Cardenal Mercier que lo distingue con particular afecto entre todos sus discípulos, da principio a sus estudios de Filosofía. La figura del gran Cardenal Mercier estaba en todo su apogeo con la creación del Instituto de Filosofía llamado de León XIII, para cooperar a las direcciones filosóficas que este Papa quería imprimir en la formación del clero, a saber: la restauración y mejoramiento de la escolástica, que comprende el sentido de la filosofía de Santo Tomás y representa el mayor esfuerzo del escolasticismo para entrar en las corrientes modernas. Sus obras filosóficas invadían las Universidades europeas. Era el filósofo más grande de la época, y de todas partes del mundo acudían a Lovaina para escuchar al sabio y profesor de la Universidad, esta ciencia cuyos horizontes se amplían más y más a medida que un cerebro privilegiado escudriña sus profundos arcanos.

El joven Volio ha encontrado el clima espiritual que necesita su alma, ávida de sabiduría. Guiado por tan experimentado maestro, entra de lleno a investigar la verdad de tantos sistemas filosóficos, hasta tocar en esta materia los límites del saber humano y bañar su inteligencia en las claridades de una luz superior. En una de las más cristalinas fuentes ha bebido hasta saciarse las aguas puras del saber humano. El joven filósofo fué digno discípulo de su preclaro maestro. Producto de su ciencia, fué aquella célebre conferencia que se conserva en un folleto, su tesis de doctorado en Filosofía, leída ante los doctos profesores de una de las más célebres universidades del mundo, y que le mereció grandes aplausos.

Este dominio adquirido en las aulas de la ciencia, el sabor universitario que tenían sus conferencias o pláticas, las que sabía adobar con un lenguaje delicado y sobrio, hacían de él, un orador clásico, que lo mismo instruía que deleitaba, como nos habla Quintiliano de la elocuencia.

Regresó al país, cuando el Obispo Thiel, volvía del Concilio Plenario Latino Americano, en el que tan activa parte había tomado.

La piedad y devoción a la Virgen de los Angeles que lo habían acompañado en toda su peregrinación, lo trajo de nuevo a este Santuario, y a la mañana siguiente, la sociedad cartaginesa se agrupaba en las naves de este templo, para extasiarse contemplando el joven sacerdote que viene a cantar su Primera Misa en ese altar en honor de la Virgen. En aquella ocasión, el más grande de los oradores de Costa Rica, el célebre escritor y orador, Pbro. don Juan de Dios Trejos, pronunció un discurso, como solamente él podía y sabía hacerlo. De aquella brillante pieza oratoria, aún repercuten en los oídos de algunos cartagineses conceptos de muy alto valor.

Orgullosa se sentía esta vieja Metrópoli, con el regreso de uno de sus hijos, que tanto lustre le daría andando el tiempo, porque es la ciudad que más Obispos, ¡y qué Obispos! ha dado el país. El contento de la familia Volio Jiménez, cuyos numerosos hijos se destacaban ya en los diversos campos del saber humano y en todas las actividades como ninguna otra familia del país, sintió en aquella ocasión una nueva bendición, con que el Dios próvido y bueno, venía a enaltecer su vieja estirpe.

Pero los sacerdotes no pertenecen a la familia, sino a la Iglesia que los nutre para sus altares, y así sus glorias son también para ella.

Sus primeras labores sacerdotales se desarrollan en su vieja ciudad natal. Hace de Capellán de la iglesia de San Francisco de esta ciudad, y hace entrega de ella a la Venerable Orden Capuchina, después de la muerte de aquellos santos misioneros Fray Antonio y Fray Bernardino de Capellades.

Profesor de Literatura en el Colegio Seminario, sus alumnos recordamos con fruición en el alma, sus clases tan amenas como instructivas. La parroquia de Santa Bárbara de Heredia es la primera que tiene el privilegio de cosechar sus primicias de celo y apostolado.

Un campo más amplio lo esperaba, donde había de trabajar como obrero incansable en la Viña del Señor. En Alajuela acaba de morir un sacerdote que había sido durante largos años el ídolo de sus feligreses y cuya memoria aún perdura fresca como el primer día, el padre Chico Pereira. El prestigio y el nombre del joven sacerdote Volio, lo señalaban como el más acreditado, para sustituir a un varón como el que acaba de bajar al sepulcro en aquella ciudad. El celo sacerdotal es como una savia que fecunda. La palabra del sacerdote es rocío del cielo para las almas. La palabra llena de luz y de amor por las almas que oyeron en adelante en aquel púlpito, hizo escuela y a muchos atraía su luz y su suavidad en el decir y el convencimiento que llegaba al corazón hacía germinar en él la semilla del bien. El templo se veía lleno de fieles y éstos muy orgullosos de un eclesiástico de tan relevantes timbres de honor y familia. Su don exquisito de gentes le capta la simpatía. Predica con el ejemplo y la palabra. Es querido y admirado de todos. Los que vivíamos en aquellas vecindades, mucho teníamos que aprender de tan virtuoso sacerdote. Buen amigo y muy servicial, en su casa encontrábamos franca y leal hospitalidad.

Los alajuelenses lloraron un día la separación de su buen Cura. La Santa Sede vió en él a un candidato para un trono episcopal, y el 8 de fe-

brero de 1916 es elegido para ocupar la Sede Episcopal de Santa Rosa de Copán y el 12 de noviembre de 1916 se traslada a aquella diócesis. El acatamiento a los soberanos designios de la Providencia lo llevan lejos de su patria, de sus hermanos y de sus más caros amigos, a brindar sus luces y consuelos espirituales, a la grey que se ponía bajo sus cuidados paternales. A él le tocó echar los primeros fundamentos, en la organización de una nueva diócesis, y encarrilarla por los senderos del progreso y de la vida espiritual. Pueblos separados de los centros de población por distancias enormes, por impetuosos ríos, o anidados en los picos de los montes, oyeron la palabra insinuante de su pastor que los llamaba al redil, y los buscaba para Dios.

Su salud física, antes exuberante, ha sufrido hondo quebranto. Regresa al seno de los suyos que lo reciben con transportes de alegría. ¿Pensáis que se dará reposo y descanso? Su actividad no conoce límites. Un pensamiento grande domina su corazón. El que había nacido en el seno de la opulencia, él que había vivido entre los grandes, siente que a su lado hay muchos ancianos y pobres, que no tienen ni casa ni pan. Las insignias episcopales no le deslumbran, como para apartar sus ojos de los cuadros de miseria y de hambre que a diario nos rodean. Fundar un Asilo para Ancianos... Esa es su gran preocupación! Saborea penalidades, pero no desmaya hasta realizar su proyecto. En las afueras de la ciudad de Cartago, rodeado de frescos huertos, y regentado por las abnegadas religiosas del Inmaculado Corazón de María, está su gran obra, pregonando sus actividades y su amor entrañable por la clase desvalida, y a la que entrega sus despojos venerandos como una prenda de cariño inmarcesible.

Dos veces Diputado al Congreso Nacional, en el seno de la Cámara dejó oír su voz autorizada en todos los problemas debatidos. El año de 1941 el Excmo. Mons. Volio celebró en esta Basílica sus Bodas de Oro Sacerdotales. La ciudad de Cartago lo colmó de atenciones y cariño. El celebró la Misa Pontifical y Monseñor Sanabria pronunció el discurso oficial. En aquel discurso el Excmo. Prelado puso de relieve la obra de Monseñor Volio en Santa Rosa de Copán, Honduras, y sus trabajos apostólicos en Costa Rica dejando su oración escuchada con suma reverencia, gratísimas impresiones en el ánimo de los asistentes. Todo fué grande en aquella solemnidad, el motivo, la asistencia del Presidente de la República y su Gabinete, los Prelados todos y el Clero invitado por una circular.

El 18 de abril de 1940 la Santa Sede concede al Excmo. Monseñor Volio el más alto rango al elevarlo en la jerarquía episcopal a la Sede Arzobispal Titular de Soterópolis y lo nombraba Prelado de Honor de esta Basílica de Nuestra Señora de los Angeles. Muy alto y señalado honor para este Santuario Nacional.

En el acto de la toma de posesión del Santuario, se dió cita en este lugar santo, todo lo más notable que hay en el país, desde el ex-Presidente Calderón Guardia y sus Ministros, Prelados de la Provincia Eclesiástica, Clero y fieles que querían testimoniar su alegría y cariño al Prelado de

Honor de Nuestra Señora de los Angeles. Subió al púlpito el Prelado Metropolitano y expresó la alegría con que miraba el más célebre Santuario Nacional, puesto bajo los auspicios de un Capellán de Honor de tan esclarecidos talentos y virtudes. En aquella tarde memorable la felicidad irradió en el semblante de Monseñor Volio y de sus palabras recordamos cuán feliz se sentia de vivir en adelante a la sombra de este Santuario al cuidado de la Virgencita que había velado su cuna de niño y que en retorno ahora recibiría sus desvelos y cuidados.

Admiramos al Prelado de grandes virtudes y adornado de ciencia esclarecida, pero más lo admiramos todavía en el ejemplo que nos ha legado al llevar con valor y resignación grandes hasta el final, una enfermedad larga y cruel que lo tuvo postrado en el lecho durante años.

Para él como para todo mortal llegó su hora, pero hora plácida y tranquila, porque las almas buenas miran el más allá del sepulcro como el descanso merecido. Era un fruto maduro para el cielo, había peleado legítimamente las batallas del Señor, su corona está en el cielo.

Alma esclarecida de Monseñor Volio, descansa en paz, mientras nosotros sobre tu lápida marmórea mantendremos vivas y frescas las flores del recuerdo piadoso.

Salida del cadáver de la Basílica de los Angeles, con los clérigos revestidos que preside el Señor Presbo. Don Fabio Chacón